

SUPLEMENTO A LA GAZETA DE MADRID

DEL VIÉRNES 19 DE JULIO DE 1805,

PUBLICADO DE ORDEN DEL REY.

El Médico Consultor de los Reales Ejércitos D. Tadeo Lafuente, comisionado repetidas veces en calidad de Inspector de la salud pública en el Campo de Gibraltar, ha trabajado un papel intitulado: Observaciones justificadas y decisivas sobre que la fiebre amarilla pierde toda su fuerza contagiante dentro de una choza, y sobre que se precave tambien y se cura de un modo hasta ahora infalible con la quina tomada por un método absolutamente nuevo y distinto del que se ha usado comunmente.

Esta disertacion, que el Rey hizo exâminar por la Junta superior gubernativa de Cirugia, ha merecido la Real aprobacion, y en consecuencia ha mandado S. M. que se imprima y publique; pero como la estacion en que puede ser de tanta utilidad el nuevo método se halla tan próxîma, y que las operaciones de la imprenta no permiten se publique la obra con la prontitud que seria conveniente, se anticipa el siguiente extracto de ella formado por el mismo autor.

Se hace cargo el referido Profesor de que la quina está casi en general descrédito para la fiebre amarilla dentro y fuera de esta Península; y aun se inclina á creer que en el fondo son justas muchas de las increpaciones que se oyen de todas partes contra este remedio; pero asegura al mismo tiempo, con la mayor decision y firmeza, que esto consiste en que nadie de quantos hablan y escriben en contrario la ha dado ni la ha visto dar como debe darse; y que administrándola en los términos que se debe administrar, es tan segura la curacion de la fiebre amarilla como la de una terciana.

El método inventado por este Facultativo es sencillísimo; y consiste únicamente en que al tiempo de concluirse las quarenta y ocho ó cincuenta horas primeras de la fiebre, tenga ya tomadas el enfermo y retenidas en su estómago quando mé-

nos seis ú ocho onzas de quina precisamente. Dicho se está que para que esto se consiga en tan corto y preciso término, es menester velar infinito sobre todas las circunstancias, y no desperdiciar un solo momento. Por esta razon quiere que se empiece á tomar la quina desde el instante mismo en que se siente el enfermo con los calofrios, ú otro qualquiera de los primeros anuncios ó síntomas con que suele empezar este mal solapado y terrible, y que en caso de perder algun tiempo, no pase esta pérdida de las seis ú ocho horas primeras del acometimiento; porque para el dia tercero ó quarto de la enfermedad estan ya hechos todos los estragos que ella causa; y solo puede haber confianza en la curacion quando se atajan estos atropelladamente, ántes que comiencen y sin perder un ápice de tiempo. Con efecto, de las observaciones que presenta con plena justificacion, resulta quan enormemente se degrada la eficacia de la quina, á proporcion que se malogran algunas tomas, ó se pierde algunas de las primeras horas para administrarla; pues de noventa y siete enfermos que en el pueblo de los Barrios tomaron, quando ménos, las referidas seis ú ocho onzas, en las primeras quarenta y ocho horas de su mal, habiendo empezado entre la primera y octava del acometimiento, todos cortaron y sofocaron la enfermedad en su mismo origen, á excepcion de uno que pereció de un ataque de gota que padecia al mismo tiempo. De ocho enfermos que tomaron igual cantidad en el mismo número de horas, pero empezando entre la octava y la décima del acometimiento, se salvaron todos. De cinco que la principiaron entre la doce y la veinte y quatro, curaron tres, y murieron dos. De veinte que la empezaron al segundo dia de enfermedad, curaron trece, y murieron siete. De diez y siete que diéron principio al dia tercero ó quarto del mal, curaron ocho, y murieron nueve; y finalmente de ochenta y nueve enfermos, que sin tomar quina se trataron á su arbitrio con otros métodos (incluso el de los sudoríficos), solo sanaron veinte y dos, y murieron los sesenta y siete restantes; siendo de advertir, que el que no perdia para empezar la quina arriba de las seis ú ocho, ó á lo mas diez horas primeras del mal, lo cortaba y sofocaba tan pronta y completamente, que estaba enteramente bueno para el dia quarto, en disposicion de salir de casa, como si nada absolutamente hubiera tenido, y sin entrar en el segundo y mas terrible período de la enfer-

medad, que suele comenzar en el día tercero; pero por el contrario, el que se descuidaba algo mas ó en dar principio á la quina, ó en no tomarla con la precipitacion necesaria, entraba mas ó ménos en el segundo período, sufría sus síntomas con mayor ó menor violencia, y corría mayor ó menor peligro, aunque se curase.

El referido Profesor y el de la dicha poblacion de los Barrios D. Joaquin de Bobadilla, cuyo zelo y exáctitud tienen una gran parte en estas importantes observaciones, cuidaban á los principios de limpiar el estómago é intestinos, dando un vomitivo ligero ántes de empezar el uso del específico, ó añadiendo dos dracmas v. g. de crémor de tártaro ó de sal catártica á la primera toma de quina, y lo mismo á la segunda, y aun á la tercera en caso necesario, ó tambien haciendo vomitar á los enfermos sin vomitivo, y solo á fuerza de mucha agua tibia; pero las mugeres y demas que procuraban cûrarse clandestinamente con la quina, desde luego que conociéron su singular eficacia, les enseñáron (dicen ellos mismos) á no perder un ápice de tiempo en estas ni otras, que pueden llamarse ceremonias acostumbradas; observáron que lo mismo se curaban los unos enfermos que los otros, y que era menester andar con cuidado con los vomitivos, porque ocupaban mucho tiempo, y porque solian dexar tan irritado el estómago, que luego no aguantaba bien la quina; por manera *que lo que ha pasado en el referido pueblo de los Barrios (estas son las expresiones de Lafuente) despues que su parte mas sensata ha llegado á convencerse, ha sido apostárselas, por decirlo así, los enfermos á quien podia tomar mayor cantidad de quina ántes de cumplirse las primeras quarenta y ocho horas de su fiebre, y á quien podia empezarla mas temprano. No ha habido por consiguiente para el mayor número de enfermos mas vomitivo, mas purgante, mas receta, ni mas division de quina en papelillos que abrir v. g. un paquete que contuviese media libra ó mas de quinã en polvo en el momento mismo de sentirse con los primeros calofrios, é irlo despachando apresuradamente sin dormir ni descansar de dia y de noche á fuerza de tomar de dos en dos horas, ó de hora en hora, una cucharada grande de quina, que tal vez contendria cerca de una onza, tal vez media, y tal vez tres dracmas por la parte mas corta.* Enfermos hubo que por haber recaido en razon de

algun exceso ó descuido, ó tal vez sin mayor necesidad, y solo por asegurarse, llegaron á tomar diez y seis, veinte, y aun treinta y ocho onzas de quina en pocos días, sin haber tenido jamas la mas pequeña mala resulta.

Sin embargo, los que gusten usar la quina con medida podrán dividir cada onza en tres papeles, y tomar uno cada tres horas, intercalando un poco de caldo en cada hora de los intermedios; de cuyo modo vendrán á tomar en las quarenta y ocho horas primeras las referidas ocho onzas puestas en veinte y quatro papeles.

Si se vomitase alguna toma debe hacerse tomar otra inmediatamente, reemplazándola sin perjuicio de la referida media libra, y no permitiendo que desperdicie el enfermo, con su natural repugnancia, arriba de uno ó medio cuarto de hora para sosegar su estómago; y aun si se hubiese verificado algun descuido ó atraso, se harán tomar dos tomas de quina en dos horas seguidas, y á la tercera el caldo; siguiendo de este modo, y atropellando, por decirlo así, sin cesar al enfermo, hasta resarcir el tiempo perdido, y asegurarse del riesgo que pudieran haber acarreado los descuidos y dilaciones.

Los vómitos, que naturalmente trae consigo este mal, no empiezan por lo comun hasta el tercero dia, y este es un nuevo motivo para no desperdiciar un momento de los dos primeros; pero hay muchos enfermos que vomitan la quina por el natural fastidio que produce; y esto pudiera inutilizar muchos de sus buenos efectos: sin embargo, solo un enfermo se ha desgraciado en los Barrios por esta circunstancia, á causa de no haberse sabido á tiempo de poder remediarla, como se remedió en todos los demas absolutamente. Dos han sido los recursos con que se ha conseguido esta ventaja: primero se amasaba la quina con un poco de agua, de modo que formase una pasta durita, que pudiese manejarse entre los dedos: se hacian con ella unas bolillas prolongadas, y de tal tamaño, que en tres, quatro ó cinco se despachaba una toma: se envolvian en hostia ú oblea moderadamente recalada de agua, y al instante aprendian á tragarla de este modo los enfermos sin molestarle ni percibirle el gusto. Se figuran de pronto los pacientes que no pueden tragar aquellas bolillas por demasiado grandes, y creen preferible el que se les hagan mas pequeñas; pero se equivocan realmente, pues estando como estan recien

hechas y blandas, se acomodan á la figura que les dan las mismas fauces en su tránsito, y nada lastiman con las puntas ni durezas que no tienen. Un poco de resolucion y de maña hacen que se aprenda pronto esta maniobra, y presto se desengañan los enfermos de que les es mucho mas molesto y nauseoso el tragar bolillas ó píldoras mas pequeñas, y por consiguiente es mayor número para cada toma. Tampoco hay que temer que dexen de deshacerse al instante en el estómago; pues esto solo podria tener lugar si estuviesen hechas con mucha anticipacion, enteramente secas y endurecidas. El otro arbitrio segurísimo contra los vómitos consistia en tomar ántes y despues de cada toma de quina (y á veces de quarto en quarto de hora por algun tiempo) una ó dos cucharadas de la mixtura siguiente:

Tómese de xarabe de meconio una onza,

De espíritu de canela una dracma,

De vino ó de agua (á gusto del enfermo) seis onzas:

Mézclese para el uso.

No se ha contentado Lafuente con referir en su Memoria y justificar sus observaciones de un modo absolutamente terminante por medio de una informacion legal de doce firmas todas calificadas, sino que las amplía con razones facultativas, refiriéndose tambien á las que contiene su primer impreso, y deshaciendo ademas todos los reparos que pudieran objetarse á su método. Habla, v. gr. de la dificultad ó facilidad de conocer al instante el mal segun los casos; de que los sugetos mas delicados una vez convencidos y puestos en el apuro tragan y aguantan quanta quina se quisiere; de que no es inflamatorio el primer período de la fiebre, como suponen algunos, ni originariamente gástrica ni hepática esta enfermedad, como quieren otros; de si hay ó no riesgo de tropezar con otras enfermedades inflamatorias; de que si en tiempos mas calurosos que los en que hizo sus observaciones es mas executiva la fiebre, tambien tiene la quina mayor fuerza que en los meses templados, y solo habrá necesidad de cuidar mas y mas en no perder momento &c. Advierte tambien que á seguida de una abundante y precipitada administracion de quina sobreviene alguna vez una *retencion* ó detencion baxa de orina; pero que este accidente es momentáneo y despreciable; que se disipa instantáneamente con unos simples frotés

de aceyte en el empeyne , y nada tiene que ver con la *supresion* ó detencion alta de orina , que es comunmente mortal en el período segundo. Pero la estrechez de este suplemento no permite ampliar mas este resúmen , y ántes por el contrario podria ser tal vez muy perjudicial á la causa pública el que solo por extractos se diese noticia de estas observaciones importantes ; pues siendo (como dice Lafuente) absolutamente preciso el convencimiento del ánimo del Profesor y manipulantes para la execucion de un plan , que aunque muy sencillo necesita cierta especie de atrevimiento para vencer obstáculos y preocupaciones , es indispensable que se lea toda la obra (que se dará á luz muy prontamente) para que se vea todo el lleno de exâctitud , de veracidad y de conviccion irresistible que contiene.

Miéntas tanto se avisa tambien al público que Lafuente se ha preservado siempre de la fiebre amarilla en las comisiones de los años de 1800, 1801 y 1803, en que ha estado mas ó ménos expuesto á su contagio , con solo tomar media onza de quina diariamente en una ó dos tomas por la mañana ; y que habiendo empezado sus roces , mas continuos y arriesgados en principios del próximo pasado Octubre de 1804, estuvo defendiéndose con el mismo preservativo por todo el referido mes de Octubre y el de Noviembre : que lo mismo hicieron , entre otros , el Médico D. Joaquin de Bobadilla y el R. P. Fr. Juan de S. Miguel , Mercenario Descalzo , y Capellan de los contagiados en los Barrios , que vivian continuamente en el peligro , hasta que cansados ya de tomar quina para preservarse , y asegurados hasta la evidencia del ningun riesgo racional que podrian experimentar en que les atacase la fiebre , se convinieron en suspender el preservativo , y seguir sus roces con objeto á que les acometiese el mal para cortarlo con la quina á sus primeros anuncios , y ver si de este modo escaparian de pasarlo en adelante , en otras circunstancias que tal vez fuesen ménos oportunas : y con efecto , á Lafuente , que suspendió la quina en 20 de Noviembre , le acometió el dia 4 de Diciembre una fiebre sospechosa , aunque ligera , que disipó instantáneamente con seis onzas de quina tomadas en quarenta y ocho horas desde los calofrios ; y al Capellan y al Médico de los contagiados , que suspendieron el preservativo por los dias 15 ó 16 de Diciembre , les acometió tambien la suya en los primeros

de Enero, y ámbos las cortáron tambien al instante, el primero con una libra de quina en quarenta y ocho horas, porque su fiebre fué muy fuerte, y quiso asegurarse; y el segundo, que la tuvo mas débil, con seis onzas de quina, que tomó en las primeras quarenta y ocho horas, y una onza mas al dia siguiente.

Por último, de estos mismos papeles resulta plenamente justificado que un enfermo de fiebre amarilla que esté solo con sus asistentes dentro de una choza ó barraca en el campo, aunque sea muy pequeña, no comunica el mal á nadie. Con efecto, al mismo tiempo que la enfermedad corria en los Barrios, las familias que quedaban en las casas, y producía á dos y tres muertos en algunas de ellas; al mismo tiempo que ardia en contagio el hospital de bella fábrica, que fué preciso abrir en una esquina del pueblo por las preocupaciones de algunos enfermos, y del qual llegaron por fin á fugarse estos y sus asistentes, buscando mejor asilo en las chozas del campo: á este mismo tiempo no hubo siquiera un exemplar de haber caido malo ni un solo asistente de mas de ciento que tuviéron los enfermos del lazareto de chozas que se estableció á un tiro de bala del pueblo, y en el qual cada enfermo habitaba solo en la suya con los interesados que queria llevar en su compañía, y cada choza estaba enteramente aislada y separada de las restantes á diez y ocho varas de distancia por todas partes. Las lluvias y huracanes que sobreviniéron al principio de Diciembre obligáron á la Junta de Sanidad á que ofreciese á los enfermos que habia en las referidas chozas la libertad de irse á continuar su curacion en el sobredicho hospital de fábrica; pero contestáron todos unánimemente, *que á no ser obligados de la violencia no salian de aquel lazareto, por experimentar los buenos efectos de su situacion, así en sus personas como en sus asistentes, que no se habia verificado caer uno malo.* Tal es el poder de la enorme diferencia que hay de unas á otras ventilaciones. Las siempre imperfectas, impetuosas y continuamente interrumpidas del mejor de todos los edificios, no tiene un solo punto de semejanza con la tranquila y naturalísima transpiracion que executan sin cesar de dia y de noche las innumerables porosidades de una choza. En los edificios encerramos continuamente con nosotros mismos hasta los mas pequeños vapores ofensivos quando ménos por espacio de ocho á diez horas cada no-

che, en que forzosamente tabicamos nuestras puertas y nuestras ventanas; pero en una choza, suficientemente porosa y rala, las mismas leyes de la circulacion del ayre hacen imposible que se detenga un solo momento ninguno de quantos miasmas se levanten de las personas ó efectos contagiados, aunque esté cerrada la puerta, y no hubiere ventana alguna. Un quarto en que duerma una noche una sola persona, aunque sea sana, ofende por la mañana el olfato de quien ántes de ventilarlo abra su puerta desde afuera repentinamente; y el humo y el olor de un simple cigarro se conserva mucho tiempo y con mucha facilidad dentro de un aposento de mampostería; pero ni un solo instante permanece dentro de una choza el mal olor de los excrementos mas hediondos, y ni puede detenerse allí una pequeña parte de la nube de humo que forme una gran porcion de leña que se encienda. El olor del azufre que se quemó en el momento en que iba á ocupar Lafuente la que habitó en dicho lazareto quando estuvo indispuerto, no duró un instante mas de tiempo que el que la combustion gastó en hacerse. ¡Qué consuelo para una familia el saber que yéndose á una choza ó barraca en el campo con su enfermo de fiebre amarilla, no solo mehora el mismo enfermo su suerte, sino que afianzan al instante la suya los que vayan convalecientes, no ménos que los que estaban ya medio contagiados y vacilantes; disipan prontamente unos y otros todos los miasmas que llevaban pegados á sus ropas y efectos, y sobre todo quedan seguros quantos allí habitan de no ser contagiados jamas, aunque duerman casi en la misma cama del paciente! Pero la lectura de la obra hará ver pronto hasta los fundamentos mismos de todas estas y otras incomparables ventajas que promete.